

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

1ª lectura (Hechos 2, 1-11): *Empezaron a hablar en lenguas extranjeras.*

Salmo (103, 1ab y 24ac.29b-30.31 y 34): *«Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra»*

2ª lectura (1ª Corintios 12, 3b-7.12-13): *Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu.*

Evangelio (Juan 20, 19-23): *Paz a vosotros [...] Recibid el Espíritu Santo.*

«El Espíritu es el viento de Dios como fuerza del cosmos y como aliento del ser humano» (Francisco “*Laudato si*”). El Papa, fijando su mirada en Jesucristo, recuerda la relación estrecha que hay entre “viento” y Palabra o lengua. Cuando el hombre no tiene espíritu no puede hablar. Cuando el hombre no tiene palabra, no es hombre, está muerto. El don del Espíritu Santo es en “viento/aliento” y en “palabra/lengua”.

La Palabra de Dios (1ª lectura) expresa y manifiesta el don prometido por Jesucristo. Existe la tentación de quedarnos en los “*efectos especiales*”, como si se tratase de una película de Steven Spielberg. En realidad, la Palabra de Dios percibe una teofanía del Espíritu Santo.

Esta manifestación del Espíritu está expresada en ciertos signos: viene del cielo, es decir, de Dios Padre, que está comenzando a crear algo nuevo. Llena la casa. La presencia de Dios produce plenitud, creación, experiencia de vida; al mismo tiempo, santidad, sobrecogimiento, distancia y misterio. Lucas, subraya la glosolalia, el hablar en lenguas.

El Espíritu nos es dado por la Palabra, en orden a crear una nueva humanidad. La carta a los Corintios habla largamente de la glosolalia. Esta manifestación del Espíritu está creando una humanidad nueva. Humanidad nueva que el Espíritu va haciendo en Iglesia, cuya misión es universal y reconciliadora, ya que el Espíritu es mediación del perdón de los pecados para vencer la división que el pecado había producido. Frente al pecado, fuente de división, Dios ofrece a los hombres su Espíritu para reunificar y reconciliar.

Jesús entra en la casa con las puertas cerradas, saluda con la paz y les dice: *«como el Padre me ha enviado, así también os envío yo»*. y soplando sobre ellos dijo: *«Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados»*. Más que una comparación se trata de una equivalencia: Jesús trasmite la misión que Él ha recibido y esa misión consiste en el anuncio del perdón.

En síntesis, dos aspectos de una sola realidad: el don del Espíritu y el nacimiento de la Iglesia. Ambos aspectos, forman la unidad del misterio de Pentecostés, mediante los cuales Dios Padre cierra el ciclo de la comunicación Trinitaria de Dios.

No os pongáis tristes: *«Cuando me vaya os enviaré el Espíritu: no os dejaré huérfanos»* (Jn 14). **¿Cómo no pedir al Señor su Espíritu si, precisamente, vino para esto y ahí manifiesta su amor, en darnos el Espíritu del Padre?** El creyente vive de manera normal bajo la acción del Espíritu Santo. Quizá no siempre se para a distinguir, pero nota por dentro que el nivel de su conciencia humana ha sido dilatado, animado por una vida que, ciertamente, no le pertenece. De ahí nace una mirada diferente, otra profundidad al interpretar los acontecimientos.

Si esa oferta del Espíritu Santo se hace realidad, si recibimos de verdad el Espíritu, todo está hecho. Todo se resume en esa palabra: Espíritu, espiritualidad, vida según el Espíritu. Donde hay Espíritu hay libertad (2 Cor 3,17); los que se dejan conducir por el Espíritu son de verdad hijos de Dios (Rm 8,14). Esta ley interior es la que debe dirigir la conducta del creyente inspirándole el discernimiento del bien para optar libremente por él sin necesidad de ley exterior. Si el Espíritu vive en nosotros, nosotros vivimos como Él y hacemos sus obras si nos dejamos guiar por Él.

Cada persona es un mundo que, renovado o no, termina con su muerte. Es claro que en cada persona se producen cambios y mejoras importantes bajo las mociones del Espíritu. Ser cristiano es ya un cambio, una transformación con apertura al Espíritu a condición de vivirlo de manera consciente.

Es el Espíritu quien transforma el pan y el vino eucarísticos y puede también transformar el corazón si se le deja entrada y mano libre. Él nos ayuda a controlar progresivamente lo negativo de nuestras conductas para transformarlo en positivo. Poco a poco se va transformando nuestra mente para considerar las cosas de manera nueva, para ver el mundo con ojos nuevos según Dios, que se hace realidad en nuestra vida.

Contra las amenazas a la vida está la fuerza creadora del Espíritu. Frente a los odios, violencias y muerte, existe la otra cara de la realidad en los que se han llenado del Espíritu y se dejan guiar por Él: la masa inmensa de los pacíficos, de los que aman, de los que se solidarizan y comparten. Es una manifestación del Espíritu presente y activo en todo. Donde mejor se percibe la presencia del Espíritu no es en las teorías o sistemas de pensamiento sino donde hay seres humanos que sufren, aman, y tienen hambre de Dios.

La acción del Espíritu es invisible y solamente perceptible en sus efectos en situaciones concretas: el Espíritu es creador de vida. Dios nos ha dado la capacidad de amar y sentir el amor: el Espíritu es amor. Sabemos cuánto puede ayudar una palabra oportuna: el Espíritu es consolador... En todas las experiencias de la vida podemos conocer la esencia y actividad del Espíritu porque Él actúa en todo.